

#colecciónfueradeserie

TRENENMOVIMIENTO

EL 8vo. LOCO
EDICIONES

LIBRO DE MAREO

LIBRO DE MAREO

**ELVIO E.
GANDOLFO**

F U E R A D E S E R I E

Sobre Libro de mareo

Gandolfo, Elvio E.

Libro de mareo / Elvio E. Gandolfo. - 1a ed . - Ciudad Autonoma de Buenos Aires : El 8vo. Loco ; Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tren en Movimiento Ediciones, 2015.

56 p. ; 25 x 16 cm. - (Fuera de serie ; 1)

ISBN 978-987-27015-5-0

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa Argentina Contemporánea. 3. Microrrelatos.

I. Título.

CDD 860

Edición: Ana Ojeda

Intiores: Alejandro Schmied

Diseño original de tapa: Laura Ojeda Bär (laura.ojeda.bar@gmail.com)

Imagen de tapa: www.hubblesite.org

Lectura de galeras: Martín Jali

Este libro puede leerse y descargarse de manera gratuita de: www.el8voloco.com.ar
y de: www.trenenmovimiento.com.ar

© 2016, Elvio E. Gandolfo

© 2016, El 8vo. loco ediciones

fb: /el8voloco
el8vo.loco@gmail.com

© 2016, Tren en movimiento ediciones

fb: /trenenmovimiento.ediciones
trenenmovimiento@gmail.com

Se terminó de imprimir en
Bonus Print, Luna 261, CABA
en el mes de febrero de 2016

Impreso en Argentina – Printed in Argentina

Sí, *Libro de mareo*, porque al abrirlo perdemos el equilibrio y caemos de cabeza en una provincia de la realidad donde los hombres aceptan esperar a su novia en un bar durante décadas, las alumnas de música no paran de estudiar con viejos profesores y comparar instrumentos, los tímidos se marchan de la mano de mujeres quizás imaginarias, los más lúcidos no soportan los diminutivos y los amigos siempre desaconsejan bien.

Circular por el reverso de la vida contando todo con esta naturalidad y autoridad sólo puede hacerlo alguien tan intrépido y agudo como Elvio Gandolfo: cuentista premiado, novelista, ensayista, traductor, periodista cultural, crítico cinematográfico y literario, co-creador (con su padre, el poeta Francisco Gandolfo) de la memorable revista *El lagrimal trifurca*, coordinador durante largos años del suplemento cultural del diario *El País* de Montevideo, viajero serial: una de las personas más inteligentes, divertidas y entrañables de este mundo.

Nos presentó Mario Levrero hace cuarenta y cinco años y desde entonces con nadie he hablado tanto de libros, películas y otras cosas inútiles; sobre todo, con nadie me he reído tanto. Pocas obras se parecen tanto al autor como *Libro de mareo*. Leerlo es lo más parecido a escuchar su voz en un bar, donde también suele aprovecharse de su innegable imaginación para adelantarse a nuestras palabras y taparnos la boca con ocurrencias sin fin.

MARCIAL SOUTO

Nota

¶ *LIBRO DE MAREO* es un muestrario, en el sentido de recortes de género que el comprador-lector puede palpar para imaginar la ropa terminada. Muchos de los textos fueron escritos entre los años 1976 y 1984, época en que escribir “en serio” resultaba un poco estúpido a pesar de uno mismo, y en que la creatividad parecía sentirse más cómoda elaborando temas, fragmentos, crónicas, alter egos, incluso párrafos, antes que obras terminadas y con aspiraciones de trascendencia. Otros son más recientes.

El término “mareo” se aplica en un doble sentido: el del diccionario, bastante cómico (“turbación de la cabeza y el estómago que se experimenta en diversas circunstancias, principalmente en los barcos, aviones, automóviles”), y otro más preciso que conocí en la infancia: “marear” era en el fútbol driblear, gambetear, despistar al contrario y al espectador, para que se interesen constantemente con la incógnita de hacia dónde irá la pelota en el instante siguiente.

Tema de la mesa de Argüelles

EN ALGUNA TARDE de verano, cuando la luz del sol entra por las ventanas que dan a la plaza y queda flotando sobre los escasos habitués del Sorocabana, algún veterano deja vagar lentamente la mirada hacia el rincón ubicado bajo uno de los relojes de acrílico, y con una mezcla de nostalgia y tristeza, cree volver a ver allí, como si el tiempo no hubiera pasado, la vieja mesa de Argüelles, ahora prácticamente olvidada por las nuevas generaciones e incluso por muchos de quienes lo conocieron.

Daniel Argüelles protagonizó, entre el 13 de septiembre de 1943 y el 14 de agosto de 1975, la espera romántica más prolongada de que se tenga memoria en nuestro Río de la Plata. En el primero de los días citados, Irene López aceptó, de mala gana, encontrarse con él en el citado bar, a las 18:30 hs. Dueño de una capacidad imaginativa fuera de lo común, Argüelles fue encontrando diversas causas posibles para la demora de su amada, hasta que los mozos comenzaron a limpiar las mesas. Amigo de uno de ellos, consiguió que le permitieran permanecer en un rincón del recinto, entre dos mesas, para reanudar la espera al día siguiente.

Ocupando siempre el mismo sitio, Argüelles, sin dejar de pensar en Irene, vio festejar la liberación de París, diversos triunfos futbolísticos y electorales, contempló con una mirada en la que la esperanza ardía ya con una luz más baja el cambio de las carteleras del cine Plaza y fue inventando, para autoconvencerse de la utilidad de su aguante, enfermedades, accidentes o acontecimientos familiares que empecinadamente se oponían a que Irene llegara al Sorocabana.

Aquella mesa cercana a uno de los ventanales de la plaza se transformó en una especie de hito cotidiano para los montevideanos e incluso para los visitantes extranjeros acostumbrados a no detenerse en las atracciones turísticas estremecidas, poco auténticas. Poetas, viajantes y

lustrabotas pasaban con respeto y en silencio junto al hombre cetrino que perdía la mirada en la corriente de peatones de 18 de Julio, en espera de la ya improbable aparición de Irene. La expresión “la mesa de Argüelles” pasó a integrar durante un par de décadas el acervo popular, a veces como simple punto de referencia (“te espero junto a la mesa de Argüelles, a las dos”), a veces como sintética y certera metáfora de la Espera con mayúscula, estoica y valerosa (“éste tiene más aguante que Argüelles”).

El 14 de agosto de 1975, Daniel Argüelles contempló la plaza barrienda por el cruel viento del invierno, que formaba helados remolinos de llovizna y deshacía los paraguas de los transeúntes, miró el reloj pulsera al que tantas veces había dado cuerda, vio que marcaba las 19 hs. y, atravesado por la tristeza, comentó para sus adentros: “Irene ya no viene”. Pidió la cuenta, abandonó su mesa inmortal y consiguió un puesto de segundo violín en una orquesta típica.

Tema de la alumna y el profesor

LE DA CLASES de clavicordio, el único clavicordio de todo Caballito. El profesor maduro, la alumna joven, con vestido de voladitos. Al fin le confiesa que está perdidamente enamorada de él. La comprende, le quita importancia al asunto, hablan como personas adultas. Pero la alumna cada vez más entusiasmada con la tríada gratificante: padre-profesor-amante. Cuerpo y espíritu, sabiduría y ritmo. Al fin el profesor se embriaga con un frasco entero de jarabe para la tos y rutinariamente se acuestan juntos, como lo han hecho las alumnas y los profesores desde que el mundo es mundo.

Serenos encuentros eróticos en casa de ella o en lugares discretos del vetusto conservatorio (a veces con fondo de Mendelssohn), mientras tras los vidrios de los ventanales flota en el viento el polvillo dorado de las pelotillas de los plátanos, que tanto irritan los lagrimales de las personas sensibles.

Un día la alumna le dice al profesor (y, lo que es más importante, el profesor lo reconoce) que el clavicordio ya no tiene secretos para ella, que quiere probar con los vientos. Pasan al oboe.

En la décimocuarta vez que se acuestan juntos, la alumna flota en ese trance que se le asienta sobre los ojos y la boca, y que le afloja la frente y las sienes, mira fijamente al vacío y dice, articulando las palabras con precisión, como dejando caer frutos maduros:

—Es mejor el oboe.

Y nunca más vuelven a hacerlo. El profesor, ya en el momento mismo en que oye la frase, no sabe a qué se refiere, y con el paso de los días la incertidumbre se le transforma en una irritación imperecedera, como esas viejas heridas o golpes que apenas sí nos aquejan, sin llegar a dolernos, en los días húmedos.

“Es mejor que el clavicordio”, podría haber querido decir la alumna. Pero entonces, ¿por qué la interrupción? “Es mejor que esto”, tal

vez, abarcando los dos cuerpos tendidos sobre el montón de alfombras del desván. O “Es mejor el oboe que su...” y el profesor se detiene, siempre, cada vez que comienza la frase y como sabiendo que es ésa, contra toda lógica, la idea de la alumna. El profesor se detiene: es relativamente culto, a pesar de las incursiones por el Bajo, y se resiste de plano a nombrar “eso”. Pero aun así, cuanto más quiere olvidarlo, mientras a su alrededor flota la digitación perfecta de la alumna, más lo siente colgar flojo entre las piernas, mucho menos bello que la superficie lustrada y cromada del oboe, mucho más pequeño, mucho menos sonoro y musical, aunque él sea, si bien se mira, todo un profesor de música.

Tema canyengue

¶ LOS AMIGOS LE dijeron desde un principio:

-Largala, Funes, esa mujer no te conviene.

Y aunque los amigos eran oficinistas o empleados, uno que otro vendedor de libros, tipos de cabeza descubierta, peinados, con corbata, eran como si usaran no sólo sombreros sino chambergos. Como si usaran chambergos y pañuelos de seda al cuello, y estuvieran apoyados contra faroles de los suburbios y le estuvieran hablando en el atardecer, con el pecho saliente y la voz grave, la sombra del ala del chambergo sobre los ojos, rodeando la brasa del cigarrillo, mientras le decían, con un fondo de bandoneón y ruedas crujientes de un carro que pasaba hacia la vuelta de Rocha:

-Largá esa mina que no te conviene, Funes.

Aunque él no se llamaba Funes, era como si para los amigos lo fuera desde que había conocido a aquella mujer, como si fuera el más macho de todo un ejército de hombres con chambergos, pañuelos de seda y faroles, de pronto hundido en la perdición total, en el desorden absoluto desde que la había conocido.

Porque la vida es así: hay mujeres que conocen a hombres y de inmediato los transforman en Funes, cualquiera sea su apellido, y provocan la proliferación de amigos comunes y corrientes que aconsejan que la largue con voces profundas, casi metafísicas, pero metafísicas del suburbio, no en serio.

La había conocido cuando a ella se le cayeron las naranjas. Dos kilos de naranjas chicas, muy anaranjadas, jugosas, que se desparcaron por toda la vereda y parte de la calle, desde el bolso caído, mientras el futuro Funes se agachaba y la ayudaba a levantarlas, tan cortés que ella se irguió para mirarlo recoger las naranjas y se apoyó sin fijarse en una pila de cajones vacíos y los cajones cayeron estrepitosamente, Funes levantó la cabeza cargado de naranjas y las soltó

(volvieron a rodar las paraguayas jugosas) para sostener los cajones, que no debían lastimar a la mujer, y sostuvo los cajones y ella agradecía, mientras un pie le patinaba lentamente sobre una naranja aplastada y empezaba a caer, Funes sosteniendo un par de cajones con una mano y tratando de que la mujer no terminara de patinar y caer con la otra, ahora los dos sonriendo un poco, Funes invadido ya por el temor de que la pared misma cayera sobre ellos si la mujer la tocaba, y los amigos desde la vereda de enfrente o desde horas después, cuando les contaran el caso meneando la cabeza y diciendo:

-No es para Funes esa mina.

O diciéndoselo directamente a él, ese día o más tarde:

-Largala, Funes, esa mujer no es para vos -con una nota de bandoneón que se iba perdiendo hasta desaparecer, como quien se desangra.

Tema de los breteles rojos

EL TÍMIDO DE BAR, callado, siempre en la orilla de la conversación, de pelo pajizo, trabaja en la construcción y hasta toma poco. Para regresar a su casa debe subir siempre una empinada cuesta de cemento, de noche. En la parte superior hay un foco de mercurio, una luz blanca que ilumina una extensión despejada de la cuesta, rodeada por un baldío y dos o tres jardines. Una imagen lo obsesiona: allí, bajo el foco, una noche de verano, una mujer joven, morena, con un vestido rojo de delgados breteles, con grandes aros de cobre redondos y finos que le cuelgan de las orejas, se está acomodando un zapato que se le ha salido al engancharse en una baldosa, o en la hierba. No lleva cartera, está haciendo equilibrio sobre un solo pie en el momento en que él, jadeando un poco, va llegando a la cima de la cuesta. La mujer alza la cabeza y lo mira a los ojos. Están a dos o tres metros de distancia. Ella habla, pero él no sabe lo que dice, porque se trata de una visión, y lo que importa es lo que ve. Le contesta tampoco sabe qué, con una fluidez impecable, liviana, libre a pesar del cansancio de la subida y de la torpeza con que suele expresarse en el bar o en otros lugares cotidianos. La mujer continúa el diálogo en ese plano de levedad, tan leve que ninguno de los dos se sorprende cuando se toman de la mano y comienzan a caminar bajo el foco de mercurio. Todo lo que está fuera del círculo blanco de luz, lechoso, cenital, no existe. La visión termina cuando salen fuera de la luz, él no sabe hacia dónde, ni por qué, ni qué van hablando en voz baja, sin incomodidad.

Ha tenido esa visión, meticolosa, puntualmente, cada vez que pasa por la cuesta, durante dos años y medio. Hacia la mitad de ese tiempo ha sentido deseos de contársela a alguien, pero cada vez que comienza a hacerle recordar trabajosamente a algún compañero del café o de trabajo la esquina precisa, la subida, el foco, advierte oscuramente que la visión es inexpresable. Se calla y recuerda los breteles rojos, el

débil brillo de los labios de la mujer (su piel es tostada, suave), sobre todo el modo líquido, inevitable en que los dos intercambian las palabras y en un único movimiento continuado, junto al que cualquier danzar es mecánica y rígida, enlazan sus brazos y comienzan a caminar bajo el foco de mercurio, hacia la oscuridad desconocida.

El personaje tímido desaparece del bar, deja de ir, no se lo ve mayormente en el pueblo. Uno de los parroquianos cuenta que una noche de verano, desde el pie de la cuesta, lo vio llegar a la cima e intercambiar unas palabras con una mujer hermosa y joven, que al parecer se estaba acomodando un zapato. Después se tomaron de la mano y se perdieron fuera del círculo de luz blanca. Por las palabras, por el modo en que el hombre habla, sin que se diga explícitamente, sabemos con seguridad que la mujer *no* es la Muerte, ni simboliza nada. Es una mujer que existe, que ha desaparecido junto con el hombre delgado, sin que ninguno de los que conversaban con él en el bar o en el trabajo llegue a saber o a importarle adónde fueron.

Tema del lapsus

CAMINAMOS DESPREOCUPADOS, un día de sol, bajo la cúpula verde de la alameda, cuando vemos al fondo de la perspectiva de hojas verdes y troncos marrones avanzar hacia nosotros una mujer. Al principio no la reconocemos y sólo admiramos en ella el porte a la vez tierno y majestuoso, el vestido de tela liviana y amplia que se arremolina alrededor de su cuerpo, el rostro oval enmarcado por una pesada cabellera rubia. Inevitablemente la asociamos con la Primavera de Botticelli. A nuestros alrededor, distintos pájaros gorjean en la fronda.

Cuando sólo nos separan de ella treinta o cuarenta metros descubrimos casi con un quejido que se trata de Frieda. No ha cambiado nada en estos dos años. Ella también nos reconoce y, juguetona, inconsciente, comienza a correr lentamente hacia nosotros. Ahora los cabellos rubios copian los remolinos de la tela alrededor de su rostro sonriente. Aturdidos, dejamos de oír el gorjeo de los pájaros. Sin poder evitarlo, comenzamos a correr también nosotros, con el saco de tela liviana flameando sobre nuestra grupa como una pequeña capa, felices, después de tanto tiempo.

Esta vez sí nos atreveremos, le diremos que la amamos. Cuando nos separan apenas veinte metros, también sin poder evitarlo, abrimos los brazos. El sol, la luz del sol filtrada por la maravilla verde de la tracería de hojas y ramas, nos envuelve, al igual que las sombras blandas, movidas por la brisa. Frieda no abre los brazos, porque sigue en su impulso de niña alegre, despreocupada. Queremos hacerle ver con claridad que para nosotros, en cambio, el encuentro es una gloria que no habíamos esperado en el día de verano. Diremos su nombre, en un tono que no deje lugar a dudas. Con los brazos abiertos, mientras corremos, lentamente articulamos de todo corazón:

-¡Mierda, mierda!

Aterrados, mientras vemos cómo el rostro de Frieda, apenas a quince metros de distancia, pierde su pureza infantil y se retuerce en una mueca de incomprendión y disgusto, advertimos que hemos caído en lo que Sigmund Freud llamaba "lapsus freudiano".

La furia parece acelerar los movimientos de la rubia Frieda, siempre rodeada por la maravilla del sol: ahora una leve nubecilla rojiza de la grava del parque queda a sus espaldas y denuncia su velocidad. Recorre en pocos segundos el tramo que nos separa y nos aplica un vengativo, certero rodillazo en los testículos.

Mientras caemos lentamente, envueltos en la tela liviana de nuestros saco, que ha pasado de capa a mortaja amorfa que estorba nuestros movimientos, mientras tomamos otra vez conciencia del gorjeo indiferente entre las ramas, buscamos en las zonas remotas de nuestra infancia la razón que puede habernos llevado a superponer las heces fecales al camafeo viviente y botticelliano de Frieda.

Mientras nuestra mejilla choca contra la grava, vemos que el taco aristocrático, casi cruel, delgado y lustrado del único zapato que sostiene a Frieda después de que ella alzara la otra pierna para golpearlos, se inclina lentamente. Frieda pierde el equilibrio y también comienza a caer, envuelta en su etéreo vestido floreado, sin atinar a elaborar siquiera un gesto de sorpresa.

Mientras los dos mordemos el polvo, o más bien mientras los dos somos castigados por la superficie abrasiva de la grava de la alameda (cuando bien podríamos en este momento estar abrazándonos), en el instante en que esa grava nos raspa rostro y manos adelantadas infructuosamente para nuestra defensa, casi entrelazados los dos en el aire cálido y la nube de polvo rojizo de nuestra caída, alcanzamos a recordar que también se llamaba Frieda aquella robusta nodriza que nos negara su pezón generoso cuando niños de pecho, y a quien tanto odiábamos.

Pero sabemos que la explicación, la clave, nos ha llegado tarde, demasiado tarde.

DIARIO DE A BORDO

Belgrano: impresiones personales

veces diciendo cosas que suelen ocultarse, y adjudicándolas a una especie de estado natural más que a un proceso de hechos sociales o decisiones personales. De ellas la más llamativa se refiere al padre (y el subrayado es mío): “La ocupación de mi padre fue la de comerciante, y como *le tocó* el tiempo del monopolio, adquirió riquezas para vivir cómodamente y dar a sus hijos la educación mejor de aquella época”.

AL LADO DE las imágenes bien recortadas, nítidas, identificables de personajes históricos como San Martín, Rosas o Sarmiento, los años de primaria y secundaria me dejaron una impresión un poco vaga de Belgrano. Básicamente alguien bienintencionado que creó la bandera nacional y perdió muchas batallas, en una vida más bien amarga.

Con el paso del tiempo (y es un proceso que compartieron otros amigos) sin que pudiera explicarlo muy bien (por esa misma vaguedad), sentí cierta simpatía por él. Tal vez se basara en que la realidad vuelve más creíbles las derrotas que los éxitos. Llegué a imaginar pulperías de la época donde junto a criollos que declaraban con orgullo: “Yo gané con San Martín”, “Yo gané con Güemes”, existían otros que con el mismo orgullo y énfasis declaraban: “Yo perdí con Belgrano”.

Muchos años después, o sea hace poco, leí su breve *Autobiografía*, editada por Eudeba. Las impresiones vagas dejadas por los años de estudio se vieron matizadas, completadas, pero sin cambiar en lo fundamental. A diferencia de sus escritos programáticos (tres disertaciones o memorias incluidas en el mismo libro) la autobiografía es enredada, de estilo poco claro, inconclusa. Y sigue predominando la impresión de alguien desfasado, incómodo en sus cargos: secretario de un consulado donde es el único idealista en medio de comerciantes con el solo interés de la ganancia personal, y que se apresuran, por ejemplo, a rendir fidelidad a los ingleses cuando invaden la colonia; único militar con nulos conocimientos de lo castrense cuando se integran escuadrones de defensa; alguien permanentemente desanimado, atacado por una realidad que siempre destruye sus visiones de utopista o, más modestamente, sus impresiones personales.

En dos ocasiones teme “alucinar”. Es notable además la impresión que da de ser vivido por los hechos, en vez de protagonizarlos. Ya desde un principio hay frases que impresionan por su ingenuidad, a

Menos confianza con Rimbaud

EN UNA NOTA sobre el último libro de Alberto Lagunas se nos dice que “el autor nos introduce en su mundo, de la mano de Arthur Rimbaud”. Se nos ocurre que Rimbaud no le daba la mano a nadie, o a muy pocos (Verlaine, por ejemplo).

Versión de Chuang Tsu

EL POETA DE provincia estaba soñando que era Octavio Paz en toda su gloria, moldeador de opinión y Generalife de los siete mares políticos y poéticos. Cuando despertó no sabía si era un poeta provinciano que había soñado que era Octavio Paz, o si era Octavio Paz y estaba teniendo la pesadilla de ser un poeta de provincias de un pequeño pueblo al que no llegaban las novedades y donde nadie sabía quién era Marcel Duchamp.

Los favores recibidos

¶ DOS SEMANAS DESPUÉS de regresar, el exiliado lo visitó, se abrazaron, engranaron una conversación con cierta torpeza, intercambiaron noticias sobre este país y el otro, se preguntaron por las mutuas mujeres, y poco antes de irse el visitante le pidió que le devolviera a la brevedad la biblioteca, la garrafa, el mate de porcelana y la tortuguita que le había dejado en custodia en el '77.

El ruido del paraíso

¶ HAY UN RUIDO que sólo pueden hacer las pelotitas (o bombulas) del árbol paraíso, arrancadas verdes, sostenidas en un puñado compacto de quince o veinte unidades y lanzadas después a uno o dos metros de altura, en una tarde de sol, seca, con poca brisa, al caer y rebotar sobre baldosas de vereda color ladrillo, con ocho acanaladuras cada una.

Lluvia de lunes

Yo sé que ahora vendrán caras extrañas que no nos dejarán amarnos. Afuera lloverá contra los vidrios, alguien estará dentro de una cabina iluminada en medio de la noche, discando inútilmente un número que empieza con ocho. Un trole doblará lentamente contra el viento y se saldrá del cable con un chisporroteo. La lluvia caerá también sobre el mar y los alambrados de una granja. Habrá muy poca gente en las calles y los bares, paraguas goteantes abandonados en vestíbulos y estaciones de ferrocarril, pilotos gastados que cuelgan de lustrosos percheros de ébano, cargados de agua, angustia y olor a tabaco. Lloverá sobre las begonias pesadas de la señora Hortensia, una vieja flaquíssima se escarbará las muelas en una pensión del Bajo. “Así es la vida”, comentará con un gesto lento de la mano el encargado de aquella playa de estacionamiento, ahora mojada y vacía, donde una vez nos besamos.

SIERRA Y MIGUELETE (crónicas)

Sierra y Miguelete

¶

1

El hombre vive en el edificio que queda junto a la carnicería. Sale a la calle y oye la puerta que se cierra a sus espaldas. Avanza hacia la parada, en medio de las personas que esperan o pasan, de la mujer que vende garrafiñada, y se detiene a medio camino sobre la ancha vereda: no sabe todavía si cruzará. De pronto ve que alguien lo mira desde el ómnibus parado: una mujer madura pero aún sólida. Como le ha clavado los ojos, piensa en alguna conocida, pero no la reconoce. Y la mirada no es de reconocimiento, sino de ávida concentración, podríamos decir de deseo. El hombre se yergue, un poco asombrado. El ómnibus arranca y la mirada de la mujer sigue clavada en él, haciéndole girar la cabeza para acompañar el movimiento del vehículo. Asombrado, el hombre sigue inmóvil, sin terminar de decidirse a avanzar y cruzar. Otro ómnibus ha reemplazado al anterior. Esta vez es una mujer joven, de campera azul, morocha, la que clava sus ojos en él. Y la concentración, la curiosidad, incluso la gravedad con que lo mira es semejante a la de la mujer madura. El hombre está entre orgulloso y estupefacto: hace años que no se siente tan *mirado*. Sin saber qué hacer con las manos, las mete en los bolsillos de la campera, y se echa un poco hacia atrás, como si estuviera al borde de un acantilado, recortándose contra un cielo glorioso de amanecer o atardecer. El ómnibus arranca, los ojos de la mujer lo siguen. Un tercer ómnibus se detiene, y esta vez es un muchacho pálido, lampiño quien clava los ojos en el hombre. Es demasiado: abandona su pose heroica, saca las manos de los bolsillos, se dirige hacia la esquina. Con la punta del ojo alcanza a ver que la mirada del muchacho ya no lo enfoca. Sigue clavada donde él estaba antes. El hombre se detiene. Entre chasqueado y aliviado, descubre que se había parado en una línea diagonal que iba

(y que sigue yendo) desde las ventanillas de los ómnibus que pasan hasta el cartel de la sucursal de loterías y quinielas en cuya vidriera se anuncian los últimos premios.

2

Es una de las tantas “viejas locas” que las crisis coincidentes y retroalimentadas de la economía y la salud mental hacen circular libremente por Montevideo. Tiene un gorro sobre la cabeza, a veces reemplazado (cuando hace demasiado frío, o llueve) por una bolsa de nailon. Como se estaciona o circula con frecuencia en alguna de las cuatro esquinas, ha quedado incorporada a la ecología de la zona. A veces entra en el bar más grande y nuevo y pide, un día de crudo invierno, “plata para un helado”. Va de mesa en mesa repitiendo: “Quiero un helado, quiero un helado”. Si alza demasiado la voz el mozo, con paciencia, la hace llegar a la puerta y le pide que se vaya. A veces se acuesta a la entrada de la panadería. Le dicen que se siente al costado, que permita pasar. Entra al bar otra vez, se acerca a una mesa y le pide a uno de los que están almorcizando “un par de ravioles”. Alrededor de la mesa algunos ríen. Otro comensal le ofrece “un poco de Coca”. La anciana retrocede uno, dos pasos, humillada y ofendida: se envuelve majestuosa en su roída mañanita de lana y dice: “De ninguna manera, habrase visto”. Pasa junto a una mesa donde una muchacha se despide de alguien con un beso y se va. Circula hasta la esquina. Llega hasta el semáforo, retrocede, se detiene ante la ventana del bar, mira fijamente a los que están al otro lado del vidrio. Entra a la panadería. Ve a la muchacha del bar. Con voz alta, nítida, le pide a las empleadas que no la despachen, “porque la vi besándose con un hombre en el bar”. La empleada dice “sí, abuela”. Sale. Duda ante la puerta del bar. Sigue. Casi nunca se queda quieta.

3

El hombre debe de andar por los cincuenta o sesenta años, bien llevados a base de intemperie y calle. El chico, no más de diez. El primero sostiene una pila de revistas *Burda*, el muchacho un exhibidor de nailon con un par de docenas de bolsitas de caramelos. El veterano

(bastante calvo, de bigotes: con el aspecto del barman o el tendero de una vieja película de cowboys) le está dando al neófito (el chico es nuevo en el grupo de seis o siete vendedores estables de la parada) algunas pistas del oficio: "Subís y te parás al lado del guarda. Le decís 'Permiso, guarda', o 'Con su permiso'. Nada más, no hay por qué alcahuetejar. Después saludás a los pasajeros, también cortito y al pie. No empecés a decirles que sea un buen viaje, que se encuentren bien de salud, porque los pudre, los molesta más de lo que les gusta. Saludás y empezás con el verso: bien alto y claro. Después empezás a caminar para el fondo, mientras lo repetís. No te apurés: dales tiempo a que te compren". Un ómnibus se acerca y frena. El veterano se aproxima, esperando a que suban los pasajeros. "Éste dejámelo a mí. Vos tomá el que viene, y acordate: 'Permiso, guarda': nada más".

4

Como hay tres bares en el cruce, con frecuencia dos o tres borrachos rompen con sus voces o movimientos el silencio que invade las esquinas después de la una, cuando dos de los bares cierran. Ahora son las tres y dos de ellos se han quedado sentados sobre el borde de un ventanal, reacios a partir. La quietud es tanta que, ayudadas por la nitidez especial del aire cortante y frío, las voces parecen estar no allá abajo, sino adentro de este dormitorio de un cuarto piso.

Desde hace una media hora se dedican a discutir las calidades de la grapa. Uno de ellos está seguro de que "el gallego le echa agua". El otro en cambio defiende al abastecedor: "Jamás haría eso. Es un hombre cabal, entendés. Un hombre cabal". Para los dos la palabra parece convertirse en un juguete nuevo: "Cabal las pelotas", dice el primero. "Sí, señor: cabal. Te lo digo yo", insiste el segundo. Durante unos diez minutos el diálogo se empantana en esas dos frases maníáticamente, como un disco rayado. Después quedan en silencio. Uno casi podría dormirse, aunque leves sonidos de acomodamiento, o un escupitajo de uno de los dos curdas recuerdan que siguen allí, en la noche quieta.

Cuando se ha logrado casi olvidarlos, arrancan con el fútbol. Peñarol. Nacional. Una vez más uno es más agresivo que el otro. De pronto ataca: "Gritá 'Viva Peñarol'", dice. "Nunca", contesta el otro tranquilo, definitivo. "Dale, qué te cuesta", insiste el primero, con una amabilidad que se adivina falsa. "Si vos sos hincha de Defensor". Hay

un silencio. "Te dije que gritaras 'Viva Peñarol'", dice ahora en un tono violento que sube intacto hasta el cuarto piso. Otro silencio, esta vez breve.

De pronto es interrumpido por un grito de insólita intensidad ("Te digo que grites 'Viva Peñarol', carajo") acompañado de forcejeos, y al fin el sonido blando de una alpargata pegando contra un fundillo gastado. Insólitamente, después, el sollozo de un hombre: "¿Por qué sos así, Tito?". El otro está molesto: "Porque sos un testarudo. ¿Qué te costaba gritar 'Viva Peñarol'? Te lo pedí de buena manera". Entre hipos, el otro acusa: "Buenas maneras, sí: a patadas". El violento ahora trata de calmar las cosas. Van bajando la voz.

Por fin se despiden (a los gritos) y el del puntapié promete pagar él las grapas de mañana. El final coincide con el paso del primer ómnibus de las cinco. Pero es un sonido mecánico, cotidiano, liso, y al fin es posible dormir en el cuarto piso.

Sin fichas

JUNTO A MI CODO suena el pocillo contra la loza del platito; después huelo más que veo el chorro caliente de café que cae gracias a un movimiento medido de la muñeca del mozo del Sorocabana. Distraído, mirando aun el sol parejo del sábado, tonificado por una brisa fresca que me dio de frente en las últimas cuadras, dejo que el gusto espeso del café amargo quede un momento sobre la lengua, y baje.

Hay poca gente a esa hora, media mañana. Uno de los dos teléfonos públicos azules está descompuesto. En el otro una anciana habla con uno que otro gesto de la mano, mientras tres o cuatro tipos esperan.

Un M-1 para en la esquina. No necesito oír la voz para saber que el inspector empinado en puntas de pie que golpea el vidrio de las ventanillas con una moneda invita perentorio a correrse hacia atrás, actividad un tanto inútil, porque el micro no viene lleno y la cola ante el poste es corta.

Dejo bajar lentamente otro sorbo de café. La anciana sigue hablando en el teléfono azul. Un estudiante, en la cola, sacude con fastidio un pie, se fija en su reloj pulsera, se va. Por la puerta que da hacia la plaza entra milagrosamente una paloma, que vuelve a partir después de un vuelo rasante, en el momento mismo en que sus patas estaban por posarse. Detrás del mostrador de helados se aburre una empleada de túnica celeste.

Esta vez detengo la mirada en la anciana del teléfono. Tiene un gorro de lana calado hasta las cejas, ropa raída, actitud desafiante. Sigue agitando la mano libre por un momento. No se limita a hablar. De vez en cuando mira de frente a los que esperan, ahora otros: alguien de traje, una mujer madura, un tipo encorvado con saco de lana marrón. De vez en cuando se da vuelta, para quedar mirando la pared, y se ríe fuerte, evidentemente de algo que le dicen por el tubo. Tiene un bol-

so grande de plástico, cuadrado, apoyado contra la pared, a sus pies. Asoman de él la punta de un pan al parecer viejo, un trozo de tejido de lana, una revista descascarada.

Termino de tomar el café de un sorbo. Me enjuago la boca con el agua del vasito, sintiendo el placer de la mezcla del calor residual y amargo del café con el brusco frescor del líquido. Me apoyo otra vez contra el mármol, ahora ya decidido a mirar a la vieja.

Porque sin duda ya pasaron más de los tres minutos que otorga cada ficha. Y la anciana sigue hablando, sin poner otra, gesticulando, mirando con desafío a los componentes de la cola, que una vez más ha cambiado. Podría haber puesto tres o cuatro fichas, el teléfono podría tener descompuesto el mecanismo de corte.

Pero mientras la sigo mirando unos diez minutos más –el gorro de lana sosteniendo la mirada dura, hasta cruel, el bolso de sobreviviente, los gestos que resultan cada vez más actuados–, sin que ponga otra dicha, prácticamente gozando con el lento odio del primero de la cola, que sacude monedas en una mano sin mayores resultados, llegó a la conclusión de que la vieja no habla con nadie.

Está allí y tiene un tubo en la mano, tres o cuatro personas esperan por ella, demora con paciencia y sadismo el momento de seguir circulando sin rumbo por las calles con su bolso cuadrado. De alguna manera convence al mundo de que está hablando con alguien, de que tienen que esperarla. De algún modo existe, mientras siga sosteniendo el tubo silencioso en la mano.

ANDANZAS DE REBOLLO Y REBOLEDO

De los diminutivos

GHAY UNA PALABRA que Andrés Rebollo odia: paisito. Tendido en el territorio abierto de una tarde de sábado encapotado, especialmente apto para el filosofeo más que para la filosofía, Rebollo trata de descubrir por qué. Quiere saberlo porque basta la mención o la lectura de ese diminutivo para que sienta un reflejo condicionado: pensar que quien lo dice o lo escribe no es del todo confiable. Sabe que esto es injusto, y no le gusta ser injusto. Así que se tiende de espaldas en la cama, apartando la mirada de las nubes que pasan tras los vidrios de la ventana, y clava los ojos en el techo.

Descubre, al concentrarse en el problema, que en realidad odia los diminutivos cuando se aplican a cosas importantes. Y recuerda, maravillado por los ocultamientos y afloramientos de la memoria, algo que había olvidado. Una mujer del barrio, ahora relativamente veterana, pero en aquel entonces compacta y joven, a quien Rebollo le clavaba miradas entre voraces y respetuosas cuando la veía pasar rumbo a la parada, había provocado comentarios críticos de comadres y perezosos parroquianos al separarse a apenas cuatro meses de casada. “¿Puede creer?”, preguntó una señora escandalizada a otra, al alcance de los oídos de Rebollo. Y sin esperar respuesta continuó: “Se separó de él porque la trató de ‘mi mujercita’”.

Ahora, en el sábado quieto, recuerda con nitidez brusca y sorprendente el momento, y sobre todo algo que también lo invadió como un reflejo condicionado, pero ilimitado, nada injusto: un sentimiento de lealtad hacia la mujer, que –si lo piensa bien– lo llevó en más de una ocasión a saludarla, y a que se saluden aún hoy con cierta calidez especial al cruzarse, sin que hayan pasado sin embargo nunca del saludo.

Pero hay algo más, piensa Rebollo, cambiando el ángulo del techo en el que clava la mirada soñolienta. Hay que a veces va a ver a su ma-

dre a Pando, y mientras viaja ve por la ventanilla árboles, animales, un cielo alto que lo redime del cielo bajo de la ciudad; y ve a alguien que pasa en bicicleta, escolares que trepan estruendosos y bajan veloces, gente que lleva bolsos de los que sobresalen infladores de bicicleta, ropa de trabajo, flores baratas, recogidas y no compradas. Aplicar a toda esa realidad multiforme, tanto inmóvil como humana, tanto de paisaje en general (“Nunca viajé a Minas”, se vuelve a reprochar Rebollo) como de arroyos y montes la palabra “paisito”, le parece un insulto.

Gozando de su propia agresividad solitaria, sonríe bajo las frazadas y piensa que alguien que considera paisito el lugar donde vive, o mujercita a quien con él comparte sus días, merece tener un sueldito, una manifestacioncita, un fervorcito político.

Montaje

CUANDO REBOLEDO VA a la Ciudad Vieja a mediodía, sobre todo un sábado o un domingo, queda fascinado por esas mujeres grandes y sólidas, serenamente espectaculares, que han trabajado durante toda la noche en algún bar para marineros de la zona y ahora aparecen con un erotismo más cotidiano, y a la vez majestuoso: vestidas con ropas nada chillonas, un poco despeinadas, sin maquillaje, rara vez mastizando un chicle, encaminándose a la compra de provisiones, lentes y bellas naves en la soledad de esa hora previa al trajín de los bancos, con la sombra de las paredes arcaicas nítida como un tajo sobre calles y veredas.

Que el cuerpo de la República fuera ése, desea Rebolelo, con el sistema nervioso de Emily Dickinson.

Gracias, Rebolelo

REBOLEDO ES CRÍTICO, y se siente solo. Porque defiende la vanguardia en el arte, y es sabido que *toda* la crítica de diarios y semanarios está retrasada siglos respecto a lo que ocurre en el mundo del arte contemporáneo. Rebolelo no desaprovecha la ocasión, pública o privada, de hacerlo notar. Y se siente cada día más solo.

Anselmi escribe, y también se siente solo. Porque escribe obras de vanguardia. Lo que más lo frustra es no verlas jamás representadas, y además comprender perfectamente por qué. “Entendé, Anselmi”, le explicó una vez un actor de teatro independiente. “Los elencos tienen que sobrevivir. Y una de tus obras, que son muy buenas en mi opinión, vos lo sabés, no duraría más de dos semanas. No te cubre los gastos de la puesta”.

Podría deducirse que Rebolelo y Anselmi estarían menos solos si unieran su mutuo interés por la vanguardia. Pero ocurre que los dos tienen ideas totalmente opuestas acerca del verdadero vanguardismo (uno defiende la modernidad, el otro la postmodernidad). Peor aún, ocurre que de vez en cuando Rebolelo escribe obras, y que también de vez en cuando Anselmi se atreve a dejar impresas sus opiniones críticas. Cada uno de los dos considera retrógrado y poco profundo o poco informado lo que el otro hace.

Anselmi consigue publicar una obra, cansado de esperar que alguien la represente (un conjunto independiente del interior estuvo a punto de hacerlo, pero al fin se decidieron por *El zoo de cristal* de Tennessee Williams, una obra arcaica). La crítica de diarios y semanarios sólo le dedica un par de gacetillas (llamarlas “comentarios” sería un abuso); destructiva y malévolamente, condescendiente hasta la bajeza la otra.

Lo más justo sería que Rebolelo le otorgara su atención, a favor o en contra, ya que la obra es evidentemente de vanguardia, y le co-

rrespondería a él, que sabe de vanguardia, decidir si se trata o no del verdadero vanguardismo. Pero justamente esa duda hace que postergue una y otra vez su opinión definitiva, mientras se ve obligado a dar lecciones sobre el teatro de Molière (de acuerdo a los programas en vigencia) para poder vivir.

En ese período de postergación llegan a su vez a sus oídos frases despectivas de Anselmi sobre su método crítico, que enturbian aún más un juicio crítico que él desea objetivo, incluso científico. Al fin, exactamente un año y dos meses después de aparecida la obra, cuando ya pocos la recuerdan, Rebolelo escribe y publica un prolongado análisis de la obra de Anselmi.

Alguien le avisa a Anselmi que Rebolelo escribió algo sobre él. Anselmi posterga por su parte la compra de la revista: sería poco honesto estar ansioso por leer el comentario de un crítico a quien considera equivocado en sus premisas básicas. Pero al fin, en un súbito impulso, consigue la revista, y busca apresuradamente el comentario.

Una primera lectura lo enfurece. Esperaba tres cosas: a) que Rebolelo destrozara su obra, b) que la defendiera; c) que se perdiera en un galimatías teórico para cubrir su falta de coraje para dar una opinión contundente. Pero no que fuera una mezcla indignante de las tres posibilidades. El primer párrafo parece encomiar la nueva propuesta de la obra, con neologismos teóricos herméticos y contradictorios, que desorientan incluso a un lector entrenado como Anselmi. El segundo afirma en cambio claramente que la propuesta de la obra no es suficiente, que se funda en el vacío (“crítica contenidista”, dictamina Anselmi). El tercero está dedicado a una especulación puramente teórica, que Anselmi lee con rapidez sin entenderla, porque sólo le interesa la opinión sobre su obra. El resto mantiene más o menos los mismos ingredientes, aunque la impresión final que se desprende es que la propuesta supuestamente vanguardista se queda en la superficie, lo que no obsta para que el párrafo final dé a entender en cambio que se trata de un producto valioso dentro de los convencionalismos del medio dramático montevideano.

La ambigua y sorda furia que el texto deja en Anselmi hace que piense primero en llamar a Rebolelo para insultarlo y romper vínculos definitivamente. Luego, al advertir que no puede aislar una sola frase auténticamente agresiva o negativa del texto que no tenga una inmediata contrapartida condescendiente o servil, decide desistir de

la empresa: siente una fatiga (ha leído el texto más de doce veces) que le provoca una aguda jaqueca.

Se ocupa sin embargo de evitar a partir de entonces cuidadosamente todo sitio donde pueda encontrar de pronto a Rebolelo, porque teme perder el control y sencillamente darle una trompada en la cara, ya que a medida que transcurren las horas su furia se hace más aguda y, en su opinión, más fundamentada.

Pasan así tres, cuatro meses. Anselmi ha descubierto entretanto a un autor danés (al que lee en francés), que le abre nuevas perspectivas estéticas. Rebolelo consigue zafar de Molière al obtener un puesto de redactor *free-lance* en una agencia de publicidad (le pagan lo mismo, pero se trata de una tarea indudablemente más moderna y vanguardista).

Un ventoso día de mayo Anselmi olvida no asistir a la presentación de un libro a la que seguramente irá Rebolelo, y de pronto el desplazamiento de un par de cuerpos los deja frente a frente, con una copa de vino barato en la mano. Anselmi siente deseos simultáneos de gritar y de morderse la lengua, no sabe bien por qué. Además interpreta como sinuosa y falsa la sonrisa que Rebolelo consigue articular con dificultad. Pero decide dejar atrás cualquier rencor. “Todo sea por la vanguardia”, se dice, y un año y medio después de aparecida su obra, le agradece a Rebolelo el comentario que le dedicó seis meses antes, por su comprensión e incluso (“¿Por qué no decirlo”, se pregunta con franqueza Anselmi) por su extensión.

Al Este del Paraíso

EN EL ÚLTIMO febrero, Rebollo intentó infructuosamente llegar a establecer una relación mínima con una rubia del Buceo que conoció en una manifestación, y cuya nuca le hacía correr un leve escalofrío por la espalda. La mujer –porque ya no era una muchacha–, debía de frisar los treinta y cinco. Como Rebollo tiene treinta y cuatro, eso no le impedía dormir. Pero conversaron, conversaron, conversaron. Y conversaron. Rebollo apenas pudo tomarla de la cintura en tres ocasiones, pocos metros antes de llegar a la puerta del edificio donde Clara –la mujer– vivía. Cuando Rebollo se hartó de palabras y dejó de verla, pudo meditar en lo que habían conversado.

La mujer, que trabajaba de secretaria en una empresa de importaciones de la Ciudad Vieja, idolatraba a los trabajadores, a los obreros, a los “proletarios”, como decía ella. En sus labios (“Bellos labios”, piensa Rebollo con nostalgia), la palabra “proletariado” venía acompañada de un temblor especial, religioso.

Clara era fanática de Galeano, de Benedetti, de los “nica”. Y se preocupaba mucho por el proletariado, “por los locos que se rompen el lomo”. Consideraba por ejemplo que la crueldad del capitalismo les impedía leer a los obreros, tener una biblioteca, cultivarse. Mientras Rebollo le rozaba con una mirada ávida el nacimiento de los pechos, enmarcados por un escote cuadrado, Clara le decía que con gusto habría entregado su biblioteca a “las masas” para que leyieran. O que preferiría quemarla si la situación seguía así eternamente. Hubo una noche en que Rebollo se sintió tan cansado por tales argumentos, por la pintura rocambolesca de obreros que se morían de hambre sin tener a mano una novela de Cortázar o la posibilidad de escuchar a Pablo Milanés en estéreo, que le preguntó a Clara a boca de jarro (pero con ternura: aún tenía esperanzas) si no había pensado en que los obreros leían, pero otras cosas: leían la revista *El Tony* o novelas

policiales que cambiaban en las librerías de viejo, que escuchaban con la misma intensidad de emoción que ella sentía por los “nicas”, a Zitarrosa o el Sabalero.

Clara lo miró, sin contestar, aterrada, con la nariz un poco respingada en un gesto de asco. Peligrosamente Rebollo advirtió que detrás de sus pestañas rubias el cerebro podía estar sindicándolo como probable lector de *El Tony*, de espantosas historietas capitalistas que serían barridas por la marea de la historia. “Para ella”, pensó, incrédulo, “el paraíso proletario consistiría en que cada obrero tuviera un estudio aireado y luminoso donde leer la colección encuadrada de *Marcha*”. Poco después dejaron de verse.

A.M.O.R. S.R.L.

SE RECONOCIERON EN un ómnibus de COPSA: Rebolelo regresaba de Pinamar, ella viajaba a Montevideo a hacer unos trámites. La última vez que se habían visto había sido quince años antes, en una cola de UTE, o de ANTEL, no recordaban bien. Eran vecinos, los padres los mandaban a pagar la cuenta de la luz o el teléfono y los encuentros en las colas continuaban las charlas del barrio, el intercambio de apuntes sobre las materias del liceo. En aquella cola ella le había dicho que se mudaban con los padres a un balneario pegado a Montevideo, porque habían conseguido un alquiler más barato, y al padre le habían aceptado el traslado a la oficina local de la DGI. Sin saber muy bien por qué, habían prolongado el encuentro acompañándose mutuamente tres veces todo el trayecto entre la ONDA (Rebolelo tenía que encontrar a un amigo por la noche en 18 y Paraguay) y el control de Arenal Grande, donde ella al final decidió tomar el 214 de CUTCSA.

De modo que ahora fue como si continuaran una historia interrumpida apenas el día anterior. Maravillados, descubrieron que los dos habían retrasado considerablemente sus estudios universitarios en los últimos diez años, y que estaban más o menos a la misma distancia de recibirse, ella de escribana, él de arquitecto. “Te vendo una rifa de arquitectura”, le dijo Rebolelo, y se rieron. Fueron a tomar un café, y quedaron en encontrarse dos días después en la esquina de PLUNA, aunque ella venía todos los días a clase (“Me sigue saliendo más barato que pagar una pensión, aunque ahora mis viejos se inscribieron en el RAVE, y si nos sale la adjudicación nos venimos”). Cuando ella le contó que el trámite que tenía que hacer era en la OSE, se acordaron de la lejana cola de UTE (o de ANTEL), y volvieron a reírse.

Las cosas se encadenaron bien. Tenían sus diferencias, pero también sus afinidades. Cuando llegó el verano, por ejemplo, descubrie-

ron que a los dos les gustaba más viajar al Este en los ómnibus amarillos de la COT. Y cuando empezó a estructurarse, participaron juntos en las asambleas universitarias de ASCEEP.

Rebolelo no tenía un trabajo fijo. Hacía cobranzas al azar, por unas semanas (“después me aburro”) y luego de dedicarse unos meses a un trabajo independiente de pronto empezaron a presionarlo para que se inscribiera en UREFI y en DISSE, y también abandonó. En cine coincidían en Robert Redford (“un gran actor”), pero ella detestaba a Clint Eastwood (oscuro modelo mítico para él) y Rebolelo se reía con toda la boca de Liv Ullmann (“una histérica”), cuyo libro de memorias ella tenía encuadrado y forrado. Además se burló tanto del *Correo de la UNESCO* y su tono de “Rotary cultural”, que al final ella suspendió la suscripción.

A partir de los años ochenta compartieron el interés por el pasado y el presente social y económico del país. Empezaron a comprar fascículos de *Banda Oriental* y derivaron meses más tarde a los trabajos sociológicos. Se volvieron locos buscando un libro sobre la crisis nacional: creían que lo había editado el CLAEH, o el CIESU, pero era del CINVE. A ella la asustó un poco una obsesión que lo absorbió a Rebolelo durante unos meses: insistir maniáticamente en las ventajas increíbles que se derivarían de un mejoramiento de AFE (“El ferrocarril ha sido siempre un factor de progreso, hasta en la URSS”, le decía entre un cigarrillo y otro, después de hacer el amor, con los dientes apretados y una mirada ardiente).

Para ese entonces ella ya se había mudado a una pensión de Montevideo. No bancaba más a la familia: la madre se pasaba las horas escuchando las audiciones del SODRE y después la TV, y el padre se emborrachaba con caña de ANCAP. Los dos seguían esperando la adjudicación del RAVE. “Que la esperen sentados, y sin mí”, le dijo ella, entre irritada y asustada, la primera vez que se vieron con toda una semana por delante para ellos solos, como una selva tan amenazante como acogedora.

Fueron a las grandes concentraciones: vivieron el primer 1º de Mayo enorme de la CNT y el PIT. Cerca de las elecciones discutieron a brazo partido: él se inclinaba por la ACF, ella por la IDI, aunque nada permitiera preverlo. Confundidos, el domingo de elecciones por la noche descubrieron que ella había votado a la 99 y Rebolelo a la CPN. Pero desde el lunes siguiente continuaron con las fidelidades previas al momento del cuarto oscuro.

Lograron mudarse juntos a una misma pensión, donde les permitieron incluso tener un Primus y algunos comestibles en la pieza. Acostumbraban comprar filetes de merluza congelados en un cercano puesto de ILPE. Descubrieron que también diferían en el dulce de leche: ella idolatraba el Ricoleso, él se hubiese dejado matar por un kilo de cremoso CONAPROLE. Todo ese enero lo vivieron en el limbo, felices: “¿Te acordás cuando había noticieros de la DINARP?”, se preguntaron una vez durante los cortos, riéndose, porque recordaron que se fugaban al vestíbulo, iban al baño o comían manías, hasta estar seguros de que había terminado el desfile de diques, carreteras y campeonatos deportivos.

Se recibieron casi sobre las elecciones, pero descubrieron que en vez de abrírseles un nuevo panorama, se encontraban más desprotegidos que antes. Llegaron a preguntarse si no habrían hecho mejor en meterse en la UTU, seguir algún curso breve del IADE o un profesorado en el IPA.

Al fin él enganchó –gracias a un palanqueo del padre– en las oficinas de la CEPAL. Y ella pudo colocarse como telefonista en CASMU.

Lógicamente se veían menos. Discutían por las noches, cansados. No había dulce de leche con qué endulzar el sabor gris de los fines de semana con lluvia. Él estaba irritable, tenso: en una discusión con su superior y un par de visitantes extranjeros de pronto alzó la voz y dijo que el FMI, la CEE y el GATT lo tenían podrido. Pidió disculpas, y tres días de licencia.

Una noche de viento frío fueron a ver *Vampyr* de Dreyer a Estudio Uno. La cámara saltaba y la película venía con subtítulos en búlgaro o algún otro idioma igualmente absurdo, traducidos a destiempo por altoparlante. Salieron irritados y ante el clima siberiano de la rambla, decidieron entrar a tomar un café en la cantina de AEBU. Allí estalló la discusión. Sin llegar a gritar, porque había mucha gente, se fueron hiriendo cada vez más. Oscuramente intuían que era por otra cosa, o por muchas otras cosas, pero concluyeron (y aceptaron) que se separaban porque desde noviembre hasta junio las diferencias entre ACF y la IDI eran, decididamente, inconciliables con una vida de pareja coherente en la RODELÚ.

EL INSPECTOR SUÁREZ Y EL INFIERNO

El inspector Suárez y la cultura conservadora

AL INSPECTOR SUÁREZ a veces se le ocurría que el mecanismo de premios, puestos y promoción de la cultura conservadora tenía una notable similitud con el escalafón burocrático o los ascensos castrenses. Se ganaba primero un tercer premio municipal, luego un segundo, un primero, se pasaba al tercer premio nacional, y al mismo tiempo a ocupar un puesto en el jurado del premio municipal, y así sucesivamente. Había distintos planos de realización: el autor podía quedarse en el que estaba o tratar de alcanzar el siguiente. En un plano llamémosle de suboficiales, pensaba Suárez, uno publicaba un libro cada uno o dos años en Emecé, de escasa tirada, se movía en el plano modesto del Fondo de las Artes y las bibliográficas del diario *La Nación*. En el plano llamémosle de los oficiales, publicaba en España, podía hasta llegar a ser considerado escritor latinoamericano, conseguía becas o giras de conferencias en el extranjero.

Otras veces el inspector Suárez hacía entrar toda esa estructura dentro de moldes antropológicos: descubría esquemas de parentesco, de castas, sistemas de sucesión (un sucesor de Mujica Láinez, otro de Silvina Bullrich, etc.). Sobre esos y otros temas divagaba cuando había poco trabajo en la comisaría, a la siesta, tirado para atrás en la silla, con la corbata floja. Para ser inspector era de lo más culto, Suárez.

El inspector Suárez y el caso del poeta asesinado

SUÁREZ LEVANTA CON gesto cansino el trozo de lona verde y contempla otra vez el rostro del cadáver: un joven de cabellos largos y desordenados, con un amargo rictus en la boca, tal vez provocado por el rigor de la muerte.

Sabe que se llama Mieres, Miguel Ángel Mieres, que es poeta, que lo encontraron en la isla, ahogado, con una mano enredada en las raíces de la costa, y una inequívoca herida de puñal en el costado. Sabe además (piensa, mientras se aparta y enciende un cigarrillo, aunque esté expresamente prohibido por un cartel cercano) que el muchacho pertenecía a la generación del '72, la que se juntaba en el bar Brecha, la que leía a Marcuse y a Laing, la que tenía como maestros secretos a Arturo Cancela y Eugenio Cambaceres, la que hacía circular de uno a otro de sus integrantes a tres mujeres ("Incluso Estefanía, que ahora hace la calle", remata mentalmente Suárez, un poco incómodo). Pide un par de datos al forense y se va. Es viernes.

Por eso lo fastidia que al llegar a la comisaría un sargento le traiga el dato, aportado por un batidor del centro, de que Mieres pertenecía en realidad a la generación del '68, ya que había empezado a publicar precozmente. "Carajo", suspira Suárez, dejándose caer en su silla tapizada y cómoda con un infinito cansancio. Sabe que ahora tendrá que estructurar otra constelación de datos básicos, otros nombres extraños, otro bar, otros ritos, mujeres que tal vez pasen de usar minifalda y el cabello corto moreno a llevar blusas con encaje y pantaloncitos satinados. Había pensado en llevar los hijos al zoológico, el sábado, y ahora sabe con certeza que tiene trabajo hasta bien entrada la noche del día siguiente. Mientras levanta con mano pesada el tubo y pide un número a la telefonista para averiguar el primer dato, odia sordamente su oficio.

Hell Bar

ES UN BAR de esquina, ni grande ni chico: mediano. Ella se sienta mirando a la calle, él ante un espejo que cubre una columna del bar, largo y nítido. Desde donde ella está ve una pantalla de TV, y le comenta algunas imágenes de un teleteatro. Él en cambio no: se lo dice cuando ella le pregunta si hay una pantalla del otro lado del bar (al que ella le da la espalda). Él le dice que no, que no hay otro televisor, como en otros bares de la ciudad a los que han ido, para ver fútbol.

Es un día de calor agobiante. Se lo dijo cuando se encontraron en la puerta del bar: que ella tenía la cara como hinchada, o de otro color. En seguida se preocupó ella, mientras se sentaban: dedujo que entonces estaba más gorda. Él le aclaró: no, no, distinta, debía de ser el calor intenso del día.

Hablaron de bueyes perdidos. Él había tenido un día un poco difícil, aunque casi todos lo eran en la ciudad, por fallos pequeños que terminaban por acumularse y pesar. Pero no le comentó nada. Como se amaban, esta vez lo dejó pasar. En otras ocasiones aprovechaban meticulosamente al otro para descargar el peso acumulado, verbalmente. Ella hizo una breve lista propia y también se quedó callada. Se miraban, sin intensidad, en puro disfrute del silencio mutuo, en medio del calor.

En un momento él se sonrió. Como ella vio que miraba detrás suyo le hizo un gesto con las cejas, como preguntando.

—El espejo —dijo él—. Refleja el espejo de la otra columna. Me veo dos veces, no más. No es una hilera larga de reflejos de mi cara, como tendría que ser.

Ella lo miraba, sin decir nada.

—A vos no te veo ni una vez —le comentó él. Movió la cara un poco, para abarcar más—. No, no se te ve la cabeza.

Dejaron que las cabezas se movieran un poco, sobre todo la de él. El tema pasó. Aunque a él le siguió picando, como un fondo sonoro en el borde de lo inaudible.

Incluso cuando se fueron, porque ella daba una clase, él se preguntó si los datos (la cara de ella como cambiada por el calor, el espejo de reflejo raro –no era la primera vez que le pasaba–, el tiempo que parecía a la vez alargarse y acortarse a medida que se acercaba la hora de la clase) no indicarían simplemente que los dos habían dejado de vivir en un plano y estaban en otro. Si no se encontraban ya, directamente, en el Infierno.

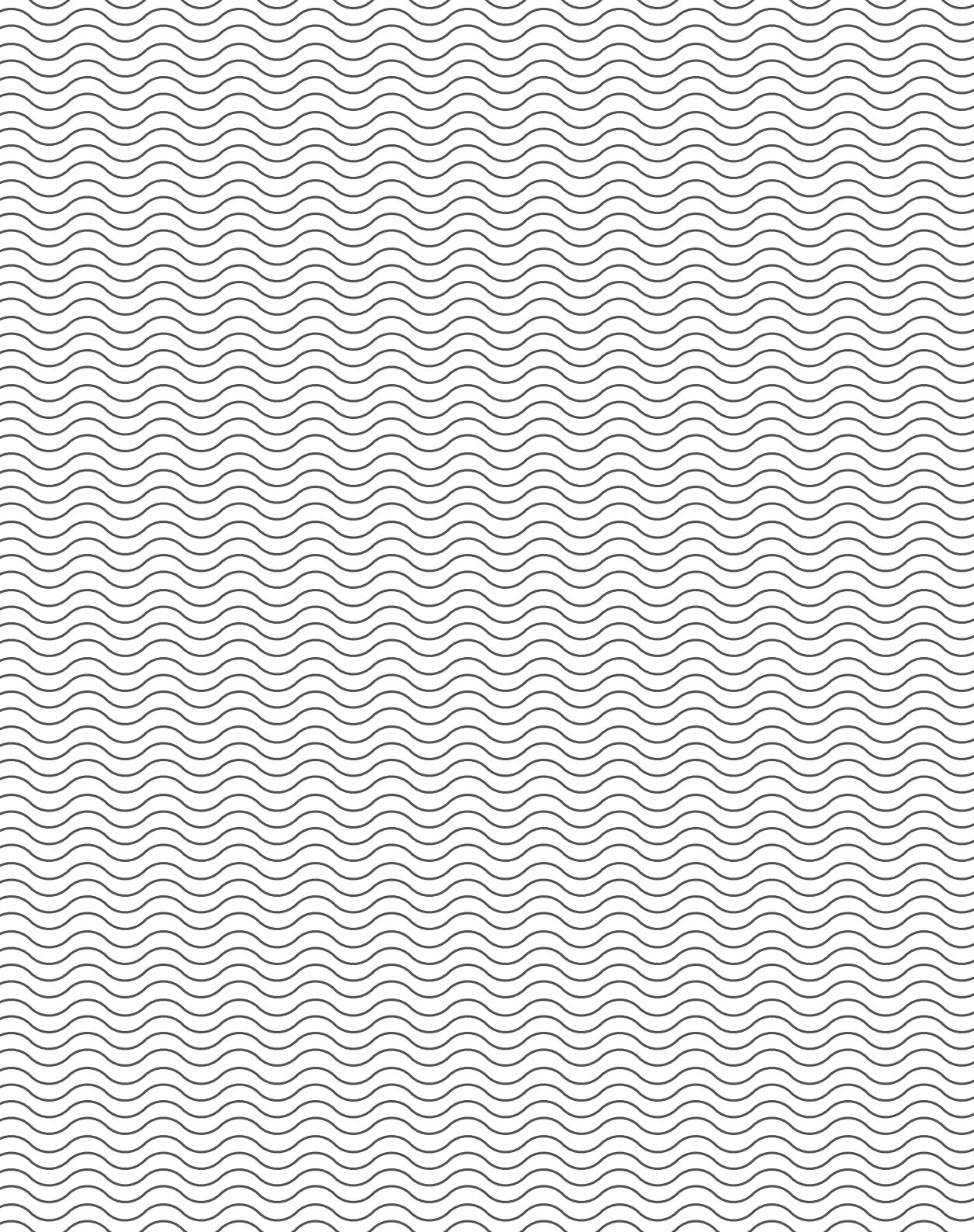
Índice

Sobre <i>Libro de mareo</i>	7
Nota.....	9
Tema de la mesa de Argüelles	10
Tema de la alumna y el profesor	12
Tema canyengue	14
Tema de los breteles rojos.....	16
Tema del lapsus.....	18
DIARIO DE A BORDO	
Belgrano: impresiones personales.....	22
Menos confianza con Rimbaud	24
Versión de Chuang Tsu.....	25
Los favores recibidos	26
El ruido del paraíso	27
Lluvia de lunes	28
SIERRA Y MIGUELETE (crónicas)	
Sierra y Miguelete.....	30
Sin fichas.....	34
ANDANZAS DE REBOLLO Y REBOLEDO	
De los diminutivos	38
Montaje	40
Gracias, Reboleto	41
Al Este del Paraíso	43
A.M.O.R. S.R.L	46
EL INSPECTOR SUÁREZ Y EL INFIERNO	
El inspector Suárez y la cultura conservadora.....	51
El inspector Suárez y el caso del poeta asesinado	52
Hell Bar	53



Elvio E. Gandolfo nació en San Rafael (Mendoza) en 1947. Un año más tarde sus padres se trasladaron a Rosario y se considera rosarino. Vive a caballo entre Buenos Aires y Montevideo. Dirigió la revista literaria *El lagrimal trifurca*. Colaboró en *El péndulo*, *Diario de poesía*, *V de Vian*, *La mujer de mi vida*, *Página/12*, *Clarín*, *La Nación*, *El País Cultural*. Publicó, entre otros, *La reina de las nieves*, *Ferrocarriles argentinos*, *Cuando Lidia vivía se quería vivir y Cada vez más cerca* (cuentos); *Boomerang* (novela); *Ómnibus*, *Real en el Rosedal* (nouvelles); *El año de Stevenson*, *Primer trimestre* (poesía); *El libro de los géneros*, *La mujer de mi vida* (ensayo y crítica).

Fotografía: Luis Andrade.



www.el8voloco.com.ar
www.trenenmovimiento.com.ar